

apasionada é indignada, no solo contra Francia, sino tambien contra aquellas potencias que se sentian inclinadas á pactar con la revolucion. No comprendia cómo podia estarse en tratos con los «asesinos del rey,» con los «monstruos de la humanidad:» la actitud de Prusia era una de las cosas que mas la indignaban. «Firmar la paz de Basilea, escribia, equivale á gritar ¡vivan los regicidas!» Mandó decir á los holandeses que no queria nada con ellos, mientras estuviesen bajo el yugo de Francia; habló del «jacobino Thugut,» denunció una Memoria de Herzberg, impresa en la Academia de Berlin, en la cual se ponía á Federico el Grande á la altura de Robespierre, y dijo que el príncipe Enrique no era mejor que Felipe Iguualdad. Los mismos emigrantes, lo propio los del Rhin que los que residían en Rusia, preparaban algunos desengaños á la emperatriz: la débil conducta de la corte de Austria y la política inglesa excitaban su cólera; burlábase de Luis XVIII que iba de corte en corte implorando un asilo, etc. Su esperanza de ver, en mejores tiempos, el triunfo de la monarquía, la victoria de los realistas, no se realizó durante su vida. En el momento de su muerte, la revolucion triunfaba y atacaba con éxito en muchos puntos de Europa al antiguo régimen.

Catalina solo en parte y muy lentamente se decidió á dar impulso á la política extranjera, á consecuencia de la revolucion. La Rusia por sus condiciones geográficas no tenia que temer el peligro tanto como las comarcas del Rhin, Suiza é Italia. La intervencion, pues, de otras potencias en pro de los emigrados podia considerarse en cierto modo un acto de defensa; pero si era Rusia la que tomaba parte en una lucha contra la revolucion, no seria ya acto de defensa sino resultado del cálculo y de combinaciones complicadas. Fuera de esto, Catalina distaba mucho de seguir una política sentimental, tal como la habian comprendido Gustavo IV y el mismo Federico Guillermo II: la conducta de la emperatriz puede mas bien ser comparada con la de Leopoldo II de Austria que calculaba fria, tranquila y desapasionadamente. Catalina no creía que la propaganda revolucionaria ofreciera un peligro inminente para Rusia; por esto tenia puestas sus miras en cuestiones mas inmediatas, como la polaca y la oriental. Sin embargo, existen datos que permiten afirmar que Catalina, poco antes de su muerte, tomó enérgicas medidas para comenzar una lucha contra Francia (1).

Entre las medidas de policía que en Rusia se adoptaron contra las ideas revolucionarias, merece especial mencion el ukase, en virtud del cual no se permitió que continuaran residiendo en Rusia aquellos franceses que no declarasen solemnemente su aversion á los principios de la revolucion y su disgusto por la muerte del rey. Exigióse de los franceses un juramento realista formal que millares de ellos prestaron en distintas ciudades de Rusia (2). Decíase que la emperatriz habia prohibido doblar la guardia de palacio, precaucion que habia tomado el ayudante general Passek, en vista de los rumores que circulaban de haber enviado los demagogos de Paris emisarios á todas las cortes para asesinar á los príncipes en ellas reinantes (3). Catalina encargó al jefe de policía, Ryleyeff, que averiguase si habia en San Petersburgo «gorros rojos,» es decir, jacobinos (4). Algunos franceses fueron activamente vigilados por la policía (5).

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVI, 521.

(2) Las listas de esos realistas de buen ó mal grado se encuentran en el «Diario de San Petersburgo.»

(3) *Memorias de Gribowsky*, pág. 33.

(4) Véase la anecdota del gorro rojo en el *Archivo ruso*, 1869, página 638.

(5) Véase el *Archivo ruso*, 1872, pág. 536, 538.

Prohibióse á los rusos emprender viaje alguno á Francia (6); las relaciones diplomáticas con esta nacion quedaron rotas: se prohibió la introduccion del calendario francés con los años de la república, y el tráfico extranjero en las fronteras fué objeto de mas severa vigilancia que hasta entonces para evitar que penetraran en Rusia aquellas personas que profesasen ideas revolucionarias (7). En Rusia reinaba, pues, en cierto modo un sentimiento de inseguridad y de malestar (8).

Con la adopcion de estas medidas represivas, la emperatriz incurrió en cierta inconsecuencia. El ayo de los grandes duques Alejandro y Constantino, Laharpe, permaneció todavía en su puesto mientras los emigrados representaron un papel importante en San Petersburgo. Laharpe, por su ilustracion, por sus convicciones políticas, por su posicion respecto de los partidos en Suiza, y por sus relaciones con Catalina y Alejandro, formaba el término medio entre la revolucion y la antigua Europa, entre la época de la literatura culta del siglo XVIII y el período de reaccion que siguió al congreso de Viena. Causa cierta extrañeza ver á un hombre que profesaba las convicciones de los exaltados doctrinarios de la época del Terror, desempeñar un papel importante en una corte que ofrecia hospitalario asilo á los representantes del antiguo régimen. El aprovechado discípulo de Locke y de Rousseau, el sacerdote de la libertad y del nacionalismo, que censuraba á César y ensalzaba á Bruto, que alababa á Juliano y despreciaba á Constantino el Grande, era profesor en la corte de una emperatriz que representaba el principio de estabilidad contra la revolucion de 1789, el interés de la monarquía absoluta en frente de las doctrinas de Franklin, Lafayette, Mirabeau, etc.; y era maestro de un príncipe que, como fundador de la Santa Alianza, produjo la reaccion contra la revolucion, y tomó parte en un congreso de príncipes que á las ideas de la moderna vida constitucional y á las tendencias secularizadoras de la literatura culta opuso el misticismo romántico y la política patriarcal. Apenas se concibe que Laharpe pudiese sostenerse en tan ambigua situacion; que mantuviera hasta el fin íntimas relaciones con los príncipes; que él, que al enseñar historia á los grandes duques procuraba desvanecer los negros colores con que se pintaba el estado revolucionario de Francia, no se viese derribado por los círculos de emigrados residentes en la corte de la emperatriz; que aquel hombre, en fin, á quien Catalina solia llamar en broma «el señor jacobino,» no fuese por ello considerado como realmente peligroso.

La época revolucionaria presenta con frecuencia una mezcla de corrientes políticas contrarias; así Mirabeau queria salvar la monarquía; Robespierre pretendia introducir una nueva religion; Necker y los girondinos eran ejecutados por poco liberales; Diderot y Voltaire estaban en correspondencia con la emperatriz junto al futuro rey Carlos X; Alejandro, el discípulo de Laharpe, era el adalid de los príncipes; Catalina, cuya «Instruccion» habia sido prohibida en Francia por demasiado liberal, queria ver á Mirabeau en el tormento, y ella, que tomaba ejemplo de las lecciones históricas de Laharpe, se indignaba contra el entusiasmo mostrado por Segur cuando la toma de la Bastilla.

Los representantes de la Europa antigua, que se habian reunido en Coblenza, se dirigieron al embajador ruso Rumjanzoff manifestándole la extrañeza que les causaba ver tole

(6) Besborodko, *Carta á su sobrino, Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVI, 498.

(7) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVI, 484, 493. *Siglo décimo octavo*, I, 483.

(8) Véase la carta de Repnin á Tutolmin en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XVI, 427.

rado en la corte de Catalina un revolucionario tan peligroso como Laharpe. La emperatriz reprendió al príncipe Eugenio de Wurtemberg que se habia prestado á ser instrumento de los enemigos de Laharpe y luego dió broma al profesor sobre los crímenes que se le imputaban. Los emigrados atribuian á la influencia de Laharpe que la emperatriz no interviniera mas enérgicamente en pro de su causa.

En la autobiografía de Laharpe se refiere la siguiente anecdota de aquel período de la permanencia de los emigrados franceses en la corte de Rusia. Cuando algunos de estos se deshacian en alabanzas al antiguo régimen de Francia, sin que nadie se atreviera á contradecirles, el gran duque Constantino, que á la sazón contaba catorce años, interrumpió á los franceses y les demostró cuán falsa idea tenian de la revolucion de Francia, enumerándoles los abusos é inconvenientes que consigo traian los privilegios de las clases elevadas. Al preguntársele dónde se habia enterado de tales cosas, contestó que las habia leído con Laharpe en las *Memorias póstumas* de Duclos. La emperatriz Catalina aplaudió á su nieto y los emigrados se vieron sumamente perplejos (1).

Peró al mismo tiempo que esto pasaba, el diario oficial de San Petersburgo de aquel mismo año procedía como si fuese órgano de los emigrados, insertando las mas cínicas invectivas contra los principales representantes de la revolucion: en él encontramos injurias é insultos contra hombres como Mirabeau, y la expresion del mas ciego furor con motivo de la toma de la Bastilla. Todos los actos de los diputados de la Asamblea nacional se atribuian á móviles vergonzosos, especialmente á la ambicion, á la venalidad, á la aficion á la bebida y á otros vicios. Con frecuencia eran los liberales calificados, de locos y Potemkin, en una Memoria política, decia que Francia habia perdido el juicio (2). Los mas célebres oradores de la Asamblea nacional merecieron el dictado de comediantes, y de la Asamblea se decia que era un teatro en el cual solo se representaban sainetes. Baco, se decia muchas veces, es el único Dios de esa nueva libertad francesa. Cuando Mirabeau, con ocasion de la muerte de Franklin, propuso que la nacion vistiera de luto por la pérdida de tan insigne republicano, el diario de San Petersburgo dijo que el conde Mirabeau era tan malvado como Franklin, que habia predicado la desobediencia á la superioridad y que su único talento habia consistido en saber llenarse los bolsillos y cometer toda clase de picardías. La supresion de los títulos, decíase en otra ocasion, demuestra que las cabezas de los legisladores estaban llenas de vapores alcohólicos; y la libertad, se añadia, no es mas que un medio que han encontrado para enriquecerse y para oprimir á los demás. Los individuos de la Asamblea nacional fueron una vez denominados «asnos de la libertad.» El hecho de que se concediesen derechos civiles á los cómicos le parecia al diario de San Petersburgo tan absurdo y tan ridículo como el impuesto sobre el lujo. El día 10 de agosto de 1792 era comparado á la caída de Jerusalem y las supuestas heroicidades de los emigrados eran equiparadas á las virtudes de los romanos. El estilo de estos escritos y los galicismos y palabras extranjeras que contienen demuestran evidentemente

(1) Laharpe debía ser molesto á la emperatriz, no solo por sus tendencias republicanas, sino tambien por otro motivo; que era el de negarse á interponer su personal influencia cerca del gran duque Alejandro para convencerle de la bondad del cambio introducido en la sucesion al trono en perjuicio de Pablo, y el de procurar, por el contrario, establecer íntimas relaciones entre este y sus hijos. Véase la *Biografía de Laharpe* de Schuschomlinoff, en el *Diario del ministerio de la cultura popular*, 1871, enero, pág. 68.

(2) *Archivo ruso*, 1865, pág. 69.

que habian sido redactados en francés y luego traducidos al ruso.

Acerca de los sucesos de la época propiamente dicha del Terror, nada dijo el periódico oficial, pues se consideró que no era posible dar cuenta de tan horrendos crímenes.

No puede decirse hasta qué punto Catalina tomaba parte en estas extravagancias de la prensa oficial, pero es preciso reconocer que se encontraba envuelta en una atmósfera reaccionaria.

Radischeff-Nowikoff

Catalina se habia recreado con la lectura de las obras de la literatura culta, lo cual no la impedia temer que se introdujeran en Rusia tan peligrosas ideas. Poco antes de publicar la «Instruccion» habia prohibido la venta de aquellos libros «que atentasen á la ley, á las buenas costumbres, á ella, la emperatriz, y á la nacion rusa,» y entre ellos mencionaba especialmente el «Emilio» de Rousseau. Ordenó además que se ejerciera una severa vigilancia no solo sobre la librería de la Academia, sino tambien sobre los establecimientos particulares (3).

En 1785 creyó necesario proceder enérgicamente contra un librero y autor al mismo tiempo, el ex-teniente Nowikoff que tenia en Moscou un gran establecimiento de libros, se dedicaba á importantes empresas literarias y publicaba algunas revistas.

Catalina escribió, en 23 de diciembre de 1765, al conde Bruce, gobernador general de Moscou, diciéndole que de la librería de Nowikoff habian salido libros «extraños;» que era preciso someter al librero á un interrogatorio y examinar sus libros detenidamente, procurando sobre todo que no contuvieran ningun error dogmático ó eclesiástico. El mandato de la emperatriz fué cumplido. En una serie de documentos encontramos en aquella ocasion sentado el principio de cuánto importaba prohibir la propagacion de errores y de innovaciones insensatas. El arzobispo de Moscou, Platoff, dirigió las investigaciones y presentó una lista de los libros considerados peligrosos que habian salido del establecimiento de Nowikoff. En uno se echaba de ver una intencionada oscuridad que ofrecia á los «liberales» la posibilidad de una libre interpretacion de su contenido; en otro horrorizaba la comparacion de Sócrates con Jesucristo; ya se decia que la obra de Voltaire «El hombre de los cuarenta escudos» contenia pocas cosas útiles y muchas inmorales; ya se opinaba que una coleccion de novelas podia ejercer pernicioso influjo en las costumbres de la juventud; ya se afirmaba que en una obra de historia eclesiástica se pretendia demostrar la conformidad que entre ciertos usos paganos y otros cristianos existia, etc. La tienda de Nowikoff fué sellada, pero el suceso no tuvo ulteriores consecuencias (4), pues aun cuando se probó que Nowikoff era francmason, esto no constituia en aquel tiempo ningun delito. Hombres como Jelagin, Kutusoff, Repnin y otros, incluso el mismo gran duque Pablo, estaban relacionados con la asociacion masónica, sin que por ello fuesen considerados como peligrosos para el poder del Estado. Pero despues de este acontecimiento se consideró necesario vigilar cuidadosamente las asociaciones masónicas é inspeccionar las escuelas y hospitales por ellas fundados. Entonces se consideró la masonería como «secta» que ponía en peligro la seguridad pública (5). Entre los li-

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, VII, 318.

(4) Véanse los documentos relativos á este episodio del año 1785-1786 en la «Tschtenija» 1867, IV. *Miscelánea*, pág. 40-62.

(5) Véanse algunos documentos en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 359-364.

bros secuestrados á Nowikoff, se encontró un libelo referente al gran duque Pablo (1). La emperatriz no pareció, sin embargo, dar mucha importancia á este episodio (2).

Cuando la revolucion francesa dió un nuevo pretexto para juzgar los peligros que al Estado ofrecían ciertos libros y ciertas ideas, sucediéronse en poco intervalo dos casos en los cuales se manifestaron claramente las tendencias reaccionarias de la emperatriz.

En 1790, una casa editorial de Moscou publicó un libro titulado «Viaje desde San Petersburgo á Moscou.» El autor llamado Radischeff, director de aduanas, despues de recibir una educacion esmerada, habia sido pensionado durante mucho tiempo por la emperatriz para que hiciera sus estudios jurídicos en el extranjero, y se distinguía por la gran erudicion que habia adquirido en la lectura. Habia hecho imprimir en su propia imprenta su libro que era una imitacion del «Viaje de Jorik.»

La obra pronto se hizo célebre: el nombre del autor, no obstante que no estaba citado en la portada, fué conocido desde luego. Catalina que comenzó á leerla en 26 de junio de 1790, dijo que «extendía la peste francesa de resistencia contra la autoridad.» El «Viaje» fué pues enviado al jefe de policía Ryleyeff, con la órden de que abriera una informacion contra su autor.

En el libro de Radischeff se censuraban algunos defectos de que adolecían la vida del Estado y la vida social en Rusia, entre ellos la servidumbre, la crueldad de la jurisdiccion patrimonial, la falta de procedimientos judiciales, la inanidad é ineficacia del moderno sistema de educacion, etc. El autor de la obra defendía la emancipacion de los siervos, la fijeza de los principios pedagógicos, una humanitaria administracion de justicia, etc.

Todo esto habia sido ya anteriormente objeto de las discusiones de la literatura propagandista, y en idéntico sentido se habia hablado y escrito durante la Asamblea legislativa. En la revista que con el título de «El pintor» publicaba Nowikoff, habian aparecido algunos artículos que tambien se referían al mismo asunto, pero los ataques de Radischeff eran evidentemente mas claros y mas encarnizados. El atrevido publicista sufrió un castigo que nadie hubiera podido esperar, no tanto por la diferencia cuantitativa de la crítica que antes se habia hecho y que á la sazón se reproducía contra lo existente, como por el cambio radical que en la situacion de las cosas habia originado la revolucion francesa.

Radischeff fué reducido á prision: la emperatriz estaba indignada y decia que aquel publicista era mucho peor que Pugatscheff. Lo que mas la disgustaba era que se hubiera atrevido á glorificar á Franklin; y además veía en Radischeff un afiliado á una asociacion peligrosa para el Estado (3). Catalina discutió las ideas del libro y le puso notas marginales: sus observaciones demuestran gran excitacion: creía que muchas de las afirmaciones de Radischeff se referían directamente á ella, y procuraba demostrar que la codicia no satisfacía, la maldad y la pasion habian puesto la pluma en manos del autor. Algunas de las afirmaciones críticas y polemistas de la emperatriz estaban en contradiccion con sus escritos y juicios, pues habiendo dado gran importancia al derecho natural, cuando Radischeff habló de los derechos ingénitos á la personalidad humana contestó que «estos eran

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 398.

(2) La anécdota inserta en la *Russkaja Starina*, X, 776, segun la cual la emperatriz lloró al leer los ataques contra ella dirigidos, no aparece suficientemente probada.

(3) Véase el trabajo de Jakuschkin sobre Radischeff en la *Russkaja Starina*, 1883, setiembre, pág. 470.

los principios que habian precipitado á Francia en la ruina,» sin recordar que aquel publicista habia sido por ella expresamente enviado al extranjero, para estudiar, entre otras cosas, el derecho natural. La misma emperatriz se habia lamentado de la triste situacion de los siervos y á la sazón encontraba sumamente exagerado el cuadro trazado por Radischeff acerca de ella. Habia predicado tambien reformas y en aquel momento defendía ideas conservadoras, diciendo que toda modificacion podia fácilmente traer un estado de cosas peor y que lo cierto habia de preferirse á lo dudoso. La discípula de la lectura propagandista francesa hablaba con desprecio de Rousseau, del abate Raynal y de «otros hipocondriacos.» Radischeff habia alabado las dotes oratorias de Mirabeau, comparándole con Demóstenes, Fox y Burke; y Catalina decia que Mirabeau «merecía ser ahorcado.»

Estas observaciones de la emperatriz las tuvieron presentes los jueces de instruccion, los cuales, como es de suponer, se apresuraron á emplear todo el rigor posible en el proceso del infeliz publicista. Este hombre enfermizo estaba profundamente conmovido; se mostró arrepentido y confesó que habia sido una locura querer emitir un juicio crítico sobre la cosa pública, añadiendo que solo el deseo de conseguir fama literaria le habia impulsado á escribir con tanto atrevimiento.

En el libro de que se trata, habia un párrafo en el cual se decia que los rusos podían pensar y creer con entera libertad, pero que estaban muy léjos de poder escribir y publicar lo que pensaran ó creyeran. En el acta de acusacion, se encuentra la censura de que el libro contenía los mas funestos razonamientos, propios para poner en peligro la tranquilidad pública, para matar el noble temor á la autoridad y para excitar al pueblo contra las leyes fundamentales, y además violentos ataques contra el poder y la dignidad de la emperatriz.

Radischeff fué condenado á muerte, pena que la emperatriz conmutó por la de destierro perpetuo á Siberia, é hizo la mayor parte del viaje encadenado. En aquellas estepas vivió hasta que entró á reinar Pablo (4).

Algunos contemporáneos creían, como la emperatriz, que el libro era peligroso para la seguridad del Estado, contándose entre ellos, Fedor Golizyn y la princesa Daschkaw, la cual calificó la obra de «toque de rebato revolucionario.» En cambio, el conde Woronzoff que estaba indignado contra la severidad que se desplegaba con el autor, decia: «Si una ligereza es castigada con la muerte, ¿qué castigo se impondrá por los verdaderos crímenes (5)?» Las reglas que han presidido á la clasificacion de esta clase de delitos han variado con los tiempos. Despues se adoptaron tambien severísimas medidas contra algunos publicistas. Radischeff decia que á haber aparecido su libro algunos años antes, no solo no se le hubiera castigado, sino que se hubiera conquistado el favor de la emperatriz (6).

Un episodio análogo aconteció algunos años despues con el ya mencionado Nowikoff. Habíase publicado un libro sobre las sectas en Rusia, que desagradó en alto grado á la emperatriz, la cual encargó confidencialmente al gobernador general de Moscou, príncipe Prosorowsky, que registrase la habitacion y las pertenencias de Nowikoff en Moscou y le redujera á prision (7). Sabíase que Nowikoff ejercía gran

(4) Véase el trabajo de Jakuschkin, obra citada, pág. 457-533.

(5) *Archivo del príncipe Woronzoff*, IX, 181.

(6) *Russkaja Starina*, 1882, setiembre, pág. 469.

(7) Véase la carta de la emperatriz de 13 de abril de 1792 en el *Archivo ruso*, 1866, pág. 73-75.

influencia en las asociaciones, aunque esta influencia no era considerada como un gran peligro para el Estado. Catalina, que en algunas piezas dramáticas habia combatido las sociedades secretas, burlándose de sus procedimientos, se creyó entonces autorizada para tomar contra ellas medidas enérgicas, y dijo que si habia dominado la Turquía, la Suecia y la Polonia, con mayor razon podría dominar á un teniente de ejército.

Nowikoff era un literato de talento, un súbdito leal y un buen ciudadano; y su actividad como editor y como publicista constituyó uno de los hechos mas bellos de aquella época. Como Radischeff era decidido partidario de las ideas de progreso; estaba familiarizado con la literatura del Occidente de Europa y se sentía muy inclinado á propagar las ideas filantrópicas por medio de las sociedades secretas. Aquella época era la de los Rosa-Cruz, de los iluminados, de los martinistas y francmasones. Nowikoff estaba relacionado con muchas personas notables; solía de cuando en cuando regalar algunos libros al gran duque Pablo; gozaba del favor del ministro Besborodko y estaba en íntimas relaciones con hombres como Bolotoff y Dershawin. Como periodista y satírico, como historiador y publicista habia prestado grandes servicios. Todavía en 1791, dedicó á la emperatriz un libro que habia de contribuir al progreso de los procedimientos criminales y que contenía una serie de casos jurídicos (1). Además, seguía activamente el curso de las reuniones de las sociedades secretas que con tanta frecuencia solían celebrarse en aquel tiempo, sin que se las pudiese calificar de conspiraciones políticas.

Nowikoff se encontraba al frente de los martinistas, asociacion que ya anteriormente habia producido cierto disgusto en el ánimo de la emperatriz (2). Los empleados y jueces excesivamente celosos, como Prosorowsky y Scheschkowsky tenían ancho campo para ejercer sus funciones y buscaban crímenes políticos allí donde en realidad no los habia. Nowikoff á los ojos de aquellos burócratas era no solo un exaltado, sino un hereje y un revolucionario peligroso.

Como representantes del orden y de la tranquilidad, sentían la presion de los sucesos que ocurrían en Francia, y en aquella época en que el club de los jacobinos comenzaba á triunfar y á celebrar sus triunfos, se consideró funesta y peligrosa toda asociacion. Pero á Nowikoff no se le formó propiamente un proceso criminal, sino que se adoptaron contra él algunas disposiciones administrativas. Un ukase imperial de 1.º de agosto de 1792 le condenó á permanecer quince años encerrado en Schlüsselburg, donde estuvo hasta el advenimiento de Pablo al trono (3). Por el dietario del secretario particular de la emperatriz, sabemos que esta vaciló durante dos semanas en firmar aquel severo ukase (4).

(1) *Rusia antigua y moderna*, 1876, II, 311-321.

(2) Véase su carta á Prosorowsky, de 1790, en el *Archivo ruso*, 1870, pág. 533. Desde 1782, existía en Moscou una «Sociedad de amigos ilustrados»: véase el *Archivo ruso*, 1863, págs. 610-626.

(3) Véase el trabajo de Popoff, fundado en nuevos documentos (*Ilustracion de la Sociedad histórica*, II), en el *Correo europeo*, 1868, II, 611-650.

(4) Chrapowitsky, 14 de julio de 1792. El ukase estuvo todos aquellos dias sobre el escritorio de Catalina que lo firmó en 1.º de agosto.

Que Catalina consideraba peligrosas la conducta de Nowikoff y sus relaciones con sus consocios, lo demuestra la carta que escribió á Prosorowsky, diciéndole que era preciso hacer desaparecer á aquel hombre peligroso y conducirlo á Schlüsselburg por Wladimiro, Jarosslaw y Tschwin, á fin de que sus amigos no pudiesen seguir sus huellas, é ignorasen el lugar de su residencia (5). Y sin embargo, la persecucion dirigida contra los amigos de Nowikoff hubiera sido mas severa si Catalina hubiese participado del pesimismo de Prosorowsky respecto de las sociedades secretas. La emperatriz examinó los papeles de las asociaciones cuyos miembros eran perseguidos y pudo convencerse de que ningun peligro constituían para el Estado, mientras que Prosorowsky veía en todas partes jacobinos y se esforzaba en poner de manifiesto la cohesion que existía entre los martinistas y francmasones de Moscou, por un lado, y los terroristas franceses por otro. No hubiera sido extraño, sin embargo, que en aquel tiempo, Catalina creyera en la posibilidad de que las sociedades secretas fuesen peligrosas para el Estado y para la sociedad, porque sabia que en Moscou se habia manifestado el deseo de que el gran duque Pablo fuese gran prior de las logias masónicas moscovitas. Aun cuando ninguna mira política habia en las relaciones de Nowikoff con el gran duque Pablo, el hecho de colocarse este al frente de las sociedades secretas podia ser causa de agitaciones políticas. Por esto Nowikoff fué considerado como un criminal y por esto se habló de cómplices, sin que se instruyera, á pesar de todo, un proceso de Estado.

Difícil era además determinar la medida del peligro que en aquellos tiempos extraordinarios podia amenazar al orden de cosas existente por parte de algunos hombres y de determinados ciudadanos. No puede menos de lamentarse la suerte de Radischeff y de Nowikoff, y hay que sentir que la emperatriz tuviese el capricho de prohibir en 1793 la representacion de una comedia inocente de Kujashin, titulada «Wadim,» fundándose en que algunas de las frases en ella contenidas podían tener cierta significacion político polemista (6); pero el nuevo giro que habia dado á las ideas la lucha entre el antiguo régimen y la revolucion, habia determinado naturalmente la conducta y los procedimientos de la emperatriz. Es innegable que esta, á pesar de las influencias reaccionarias que entonces dominaban en la corte de Rusia, conservó siempre cierta independencia, por mas que algunos episodios, como los de Radischeff y Nowikoff, demuestran alguna inconsecuencia y produzcan penosa impresion. Sin embargo, estos episodios no deben ser juzgados con el criterio moderno de la libertad individual, de la libertad de imprenta, y de la tolerancia respecto de las asociaciones secretas, sino que se han de tener en cuenta las condiciones de una época en que la tormenta revolucionaria conturbaba los ánimos y hacia inevitable el inclinarse en pro ó en contra de los principios de 1789, en vez de mantenerse en una calma objetiva y en la conveniente imparcialidad.

(5) *Correo europeo*, 1868, II, 622.

(6) *Archivo ruso*, 1863, pág. 605. *Russkaja Starina*, III, 725. *Archivo de Woronzoff*, II, 96 y 380.